

FINALISTA ESTATAL



LA LUPA INCREÍBLE

Estoy en el instituto haciendo un examen, cuando de repente empieza a picarme la cabeza. No sé qué me pasa, pero tengo la sensación de que algo malo va a ocurrir. No puedo pensar ni recordar nada, y todo empieza a dar vueltas.

Suena el timbre, indicando el final de la clase. Le entregamos los exámenes al profesor. Cuando se lo entrego, me recibe con una mirada rara.

Salgo del aula, y al abrir mi taquilla, un sobre se cae al suelo. Lo cojo es pesado, dentro hay una carta pequeña en la que pone:

“Cuidate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble”.

Debajo de la carta hay una lupa vieja, sucia por el paso del tiempo. Vuelvo a mirar la carta: no hay ninguna firma. Así que meto el sobre en la mochila, cojo mis libros de historia y me voy a clase.

No me puedo concentrar, y cuando la profesora me llama la atención casi me caigo de la silla del susto.

La frase se me repite una y otra vez en la cabeza. Intento averiguar de qué se tratará, pero nada.

Una hora después, suena el timbre y la profesora me para:

-Jorge, ¿te pasa algo? Te veo muy despistado.

-No es nada – le respondo – solo que he encontrado una carta misteriosa en mi taquilla.

-¿Qué pone en la carta? – se la enseño – lo siento ; pero no tengo ninguna idea de qué puede significar.

Como es la hora del almuerzo, voy al comedor, pero no puedo comer pues tengo demasiados nervios y empieza a picarme la cabeza.

De repente se me ocurre algo, saco la lupa y miro a ver si puedo encontrar marcas de dedos o un pelo o algo. Pero al mirar la carta a través de la lupa no la amplía, sino que aparece una imagen, una imagen en movimiento, como si fuera una película:

Veo a una mujer joven, en un cuarto pequeño y oscuro. Está llorando. Entran dos hombres grandes y la llevan a otro cuarto. Se enfrentan a una mujer más vieja, que está señalando a una lámina de madera, unos pinceles y pinturas.

-Pinta – le ordena – Píntame algo bonito.

La chica empieza a pintar una calle estrecha, está lloviendo en su escena. A la mujer no le gusta y tacha la pintura. Coge su bastón y le da un golpe al suelo. La chica empieza a menguar: pasado un minuto es diminuta. Los hombres la levantan y la tiran hacia la pintura. La pobre está tirada en la calle, mojada, pero en su dibujo.

-¡Hola Jorge! – me saluda Javi, asustándome. Escondo la lupa y la carta. – ¿Qué haces?

-Pues nada – no es la verdad, pero la verdad verdad no se la quiero contar – aquí en mi mundo. ¿Tú?

-Yo, nada.

A cuarta hora estoy en clase de geografía, me he sentado al fondo. Saco la carta, y otra vez, igual que antes, veo la imagen.

La muchacha está en la calle, buscando un lugar seco. La imagen cambia: es la mujer del bastón, está andando rápidamente por un edificio que reconozco, pero no sé dónde.

Sigue andando hasta llegar a un cuarto, no, una clase. Entra. En esa clase hay un muchacho de unos catorce años sentado al fondo, mirando al suelo. Me fijo más en él: soy yo, pero en clase de plástica, con una venda en el brazo derecho.

Qué raro, a quinta nos toca plástica y vamos a tener la visita de una pintora.

-¡Jorge! – me grita el profesor – ¡Despierta!

Guardo la lupa y la carta y me pongo a atender, por si acaso.

Después de que suena el timbre me voy a clase de plástica muy nervioso. Al entrar en el aula me vuelve a picar la cabeza. Me siento al fondo, pero al ir para allá me caigo sobre el brazo derecho. El profesor me lleva hasta la oficina del médico, que me pone una venda y me ordena ir a clase.

Ya sentado en el sitio del fondo, me vuelve a picar la cabeza, pero mucho más fuerte. Saco la lupa y la carta, allí, en la imagen, está la mujer del bastón llevándome fuera, a un cuarto.

-Pinta-me ordena – venga, ¿a qué esperas?

¿Qué hago? Empiezo a pintar, pero sin darme cuenta pinto la calle mojada, igual que la muchacha.

La puerta de la clase se abre, y entra la mujer, igual que en la carta, me coge la lupa y la tira al suelo, pero no se rompe. La recojo, junto con la carta. La mujer me lleva hasta el cuarto de la imagen.

-Pinta. Venga, ¿a qué esperas?

Empiezo a pintar el cuadro que pinté en la carta, igual que el de la muchacha; pero le cambio algo: pinto a la muchacha sentada en una esquina.

La mujer me quita el pincel.

-No me gusta. ¿Qué pasa hoy con las calles mojadas?

Le da un golpe al bastón y empiezo a disminuir de tamaño. Me tira dentro del cuadro, en la calle mojada. Me encuentro con la muchacha y me siento al lado suyo. Hace frío, pero no hay ningún lugar al que podamos ir.

Cuando empezamos a hablar, descubro que se llama Amelia y tiene catorce años como yo. A los dos nos gusta pintar.

Se nos ocurre una idea: empezamos a pintar el cuadro, en el que estaba yo antes.

Cómo es mágico, al terminarlo brilla, y cogidos de la mano atravesamos su superficie.

Hemos vuelto a la realidad, pero la realidad en un mundo no normal.

El cuarto está vacío, lo único que hay es una lámina de madera, el pincel, pintura y el bastón.

Es entonces cuando me doy cuenta de que ella. La mujer del bastón, es la pintora.

-Gracias – me susurra con su voz tímida. Yo la abrazo.

Entra la pintora: viene a por su bastón. Antes de que lo coja, Amelia me lo lanza y empieza a pintar una cárcel pequeña y oscura. Le doy un golpe al bastón, empieza a menguar la mujer. La metemos dentro del cuadro. Parto el bastón y la pintura para que jamás pueda volver.

-¿Te ha servido la lupa?

-¿Me la has dado tú?

-Sí

- Me ha servido. Gracias.

Salimos de aquel cuarto mano en mano.

Nunca supe de dónde había venido esa chica, pero no me importa.

A lo mejor en el futuro nos volvemos a encontrar. ¿Quién sabe?